

Aldana
Loureyro

La. Sociedad de los. Conejos



A ACUED
EDICIONES

La sociedad de los conejos



Aldana Loureyro

Colección Úrsula Le Guin

03



La sociedad de los conejos
© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2020
© Aldana Loureyro, 2020
Colección Úrsula Le Guin n° 3

Diseño y diagramación:
Héctor Huerto Vizcarra
Diseño de cubierta:
Leonel Loureyro

Editado digitalmente por:
Asociación por la Cultura y Educación Digital
ACUEDI Ediciones
Calle Vertiente N° 179, La Molina
RUC: 20546738419
hector@acuedi.org

Primera edición: Mayo 2020
Edición digital en PDF y EPUB

Índice

<i>Prólogo.....</i>	7
<i>Enigma.....</i>	9
<i>Espíritu de fuego.....</i>	13
<i>Madre.....</i>	16
<i>Muñeco.....</i>	20
<i>La generación que superó a Dios...</i>	25
<i>Suicidio.....</i>	29
<i>Hilda.....</i>	32
<i>La forma de la muerte.....</i>	35
<i>Monstruo.....</i>	38
<i>Máquinas perfectas.....</i>	41
<i>Espíritu de los deseos.....</i>	46
<i>Corazón de madera.....</i>	48
<i>Disfrutar, renunciar o sufrir....</i>	51
<i>El poder infinito.....</i>	53
<i>La sociedad de los conejos.....</i>	56
<i>Justicia.....</i>	61

Prólogo

La literatura representa para mí un espacio privilegiado entre lo íntimo y lo público, donde nuestra capacidad de expresión puede llegar a un límite insospechado, capaz de desafiar a los sentidos, de pulsar nuestros sentimientos más oscuros, de llevarnos por un viaje inesperado dentro de nuestro propio subconsciente, sin necesidad de movernos ni un solo centímetro. De hecho, considero que la buena literatura de ciencia ficción, fantasía y terror es capaz de lograr todo eso y más.

Por eso, desde que venimos publicando la revista *Relatos Increíbles*, de aparición intermitente, estamos a la caza de nuevos escritores, talentos dispuestos a engullir con su literatura a decenas y centenares de futuros lectores. Y esa es nuestra apuesta con esta «Colección Úrsula Le Guin»: publicar lo mejor de lo mejor.

Cuando Aldana Loureyro llegó a la revista, se convirtió en una de nuestros escritores más jóvenes. Una joven promesa de la literatura argentina e hispanoamericana en general. Por eso, cuando me enteré hace más de un año que estaba por autopublicar su primer libro de cuentos, me interesé en su proyecto. Sin embargo, no había leído ninguno de esos cuentos.

No tenía idea de la sorpresa que me esperaba. En esta antología de cuentos *La sociedad de los conejos*, Loureyro logra escribir dieciséis fabulas que te atrapan y carcomen el cerebro y los sentimientos sin piedad alguna. De caballo entre la fantasía y la ciencia ficción, estos relatos se adentran en reflexiones profundas. Cuestionan abiertamente varios lugares comunes y trastocan nuestras propias perspectivas acerca de la realidad circundante.

Les puedo asegurar que uno no termina indemne luego de leer este libro. Adéntrense en sus páginas bajo su propio riesgo.

Héctor Huerto Vizcarra
Editor

Enigma

La inteligencia es uno de los medios por el que las personas pueden alcanzar el éxito. Pero, ¿quién puede llamarse inteligente? Muchas cosas pueden definir el camino que toma nuestra vida, cosas que en el momento parecen insignificantes. Como por ejemplo, una simple revista de enigmas.

Hace mucho tiempo, un niño llamado Jon Taylor vivía con sus padres y sus hermanos en una casa alejada de la ciudad. Un día, por casualidad, llegó a sus manos una revista de enigmas. Como los colores llamaron su atención, el niño se puso a leerla. En ella había muchos desafíos de ingenio de todo tipo: acertijos, adivinanzas, juegos matemáticos, juegos con espacios para completar que no estaban clasificados de ninguna manera específica, y demás actividades de ese tipo. En su parte trasera, la revista decía «solo para verdaderos inteligentes».

Jon se obsesionó con aquellos juegos. Quería mostrar que él era inteligente, y los resolvió todos. Cada vez que se trababa en alguno, pasaba horas encerrado sin hacer caso a nada, hasta dar con la respuesta.

Los adultos estaban sorprendidos. Cosas Cuestiones que ellos no entendían, el niño las resolvía, a veces, sin mucha dificultad.

Muchos de ellos, la mayoría de hecho, pensaba que Jon era un genio por lo que había que comprarle más revistas de ese tipo para buscar más formas de que desarrolle su potencial. Pero sus padres pensaron diferente. Se preocuparon y decidieron que su hijo debía ser un niño normal. Si se convertía en un genio, acabaría siendo un infeliz, no lograría desarrollar las habilidades sociales que todo niño necesita porque sus pares serían inferiores a él. Así que se aseguraron de que Jon no volviera a ver una revista de enigmas ni ningún otro tipo de juego de ingenio.

El niño, desesperado e impotente, ansioso de nuevos desafíos para su inteligencia, insistió a sus padres hasta aturdirlos pero no consiguió nada. Al final, entendió que debía conseguirlos por su cuenta. Le dio muchas vueltas al asunto hasta que encontró una solución: decidió crear su propio enigma.

La idea no lo dejó dormir, y pasó toda la noche planeándolo con mucho entusiasmo. Al día siguiente, apenas terminó su desayuno comenzó su creación. Con su letra de niño, empezó a llenar hojas. Tenía que ser mejor que todos los que había visto, así que puso todo su empeño y, a medida que lo hizo, se le ocurrieron nuevos detalles y dificultades. Mezcló todo lo que conocía: con el resultado de los juegos para completar se obtenían fórmulas, con las fórmulas se resolvían juegos matemáticos cuyos resultados servían para completar grillas, con las grillas se descifraban códigos, y así Jon fue creando una gran red de desafíos cuyo resultado sería una simple frase.

Al final, su juego de ingenio ocupó varias hojas que firmó con su nombre al terminar. Lo revisó todo y le pareció... demasiado sencillo. No era digno. Tal vez la revista le había mentido y los juegos que contenía no eran para inteligentes, solo para gente con tiempo libre. Se decepcionó terriblemente de sí mismo y no volvió a pensar más en juegos de ingenio. Simplemente, no era lo suyo.

Poco después, la familia se mudó y la casa quedó vacía por mucho tiempo, hasta que, tras unos cuantos años, un hombre llamado Benjamín Harley se mudó allí. Era un reconocido matemático, profesor en la universidad más importante del país, que había decidido mudarse para tomarse un tiempo alejado de la sociedad y sus problemas. Allí pasó los días y, al llegar al punto de no tener más que hacer, se puso a revisar la casa. Así fue como encontró la caja en donde Jon había guardado su gran fracaso.

El profesor vio las hojas y se sintió muy intrigado. La letra claramente era de un niño, pero el contenido era tan complejo que hasta a él se le hizo difícil seguirlo. Se sentó, leyó todas las hojas y se pasó el día entero pensándolo. Al final, sin éxito, se fue a dormir, cansado de pensar.

Le tomó tres días enteros, en los que no pudo dejar el juego más que en pequeños descansos. Finalmente, exhausto, llegó a la frase final: «Solo para verdaderos inteligentes».

Benjamín Harley no pudo creer que tan buen juego de ingenio fuera hecho por un niño, así que decidió investigar el nombre al final de las hojas: Jon Taylor. Seguro, encontraría a un niño brillante, a quien enseñaría con mucho gusto. O tal vez, a un joven exitoso. Quién sabe hace cuánto tiempo estuvo allí esa caja.

Buscó en el registro telefónico, preguntó en los jardines y escuelas cercanas, hasta que en una reconocieron el nombre. Le dijeron que la familia del niño se había mudado a la ciudad y que, efectivamente, era un chico muy listo.

El profesor viajó y preguntó en cada lugar, maldiciendo lo grande que era la ciudad. Al fin encontró la escuela a la que había ido Jon. Le dijeron que era brillante en cuanto a las notas, pero que causaba muchos problemas y no dejaba de pelearse con sus compañeros. Había dejado la escuela antes de terminar. Así que Benjamín empezó a preguntar en otro tipo de lugares y, al fin, lo encontró en un bar.

Era un hombre alto con pinta de ser peligroso. Ropa rota y sucia, barba descuidada, tomando como si no tuviera ninguna preocupación por su hígado. El profesor Harley se quedó sorprendido ante aquella imagen inesperada, tan diferente de lo que él creía que se iba a encontrar.

Se acercó a aquel genio, se presentó, y le entregó su propio juego. El joven tomó las hojas, atónito. Las contempló como si le trajera un recuerdo muy importante, sin decir una palabra. Luego, ambos hombres se sentaron a charlar.

Benjamín Harley le contó su experiencia con el enigma y su búsqueda para encontrar a su autor, y Jon Taylor le contó la historia de cómo lo había creado, su decepción y como nunca volvió a preocuparse por los desafíos de inteligencia. Al final de la conversación, se dieron la mano, los dos felices de haberse conocido. El profesor salió del bar, decidido ahora sí a tomar un descanso. El joven genio siguió en el anonimato, usando su inteligencia a su manera: regateando, ganando apuestas, jugando y haciendo trampas.

Ninguno de los dos volvió a verse. El enigma de Jon se quedó en la vieja casa, esperando a la próxima persona con la suficiente habilidad para resolverlo. Tal vez, un verdadero inteligente.

Espíritu de fuego

Antes, todos eran parte de un gran espíritu que reinaba en el centro de la Tierra. Pero algo había pasado y varias partes se habían fraccionado, y ya no recordaban su procedencia. Esos entes se habían separado tanto entre ellos que no podrían encontrarse jamás.

Así, un antiguo espíritu de fuego con una consciencia recién nacida empezó a caminar por el bosque. Mientras andaba solo todo le pareció hermoso. El Sol era muy amable, los árboles se respetaban entre ellos y cada organismo cumplía su parte para mantener el equilibrio. Decidió que quería ser parte de aquel lugar. Mientras tanto, a su paso el pasto moría. Los animales se escondían asustados ante un terrible calor y, cuando el espíritu miró hacia atrás, descubrió un enorme incendio. El bosque donde había aparecido y al cual había empezado a amar, se estaba reduciendo a cenizas por su culpa.

Lloró y corrió para huir del pecado que jamás se perdonaría. Pasó los siguientes años escondido, solo y triste, creyendo que estaba condenado a destruir todo lo que amaba. Por miedo a lastimar a cualquiera, evitó todo contacto con cualquier otro ser y su casa se convirtió en un desierto inhabitable. Hacía un

calor infernal. Y en ese pequeño infierno, el solitario espíritu decidió encerrarse por su crimen. Allí pasó una pequeña eternidad. Aunque el ente jamás llegó a perdonarse, un día, cansado de su castigo, decidió salir.

Caminó sin parar por terrenos deshabitados. Luego de su interminable reclusión, no quería descansar así que avanzó día y noche. El entorno empezó a cambiar y el anciano espíritu se sorprendió de cuan distinto podía ser el mundo de como él lo conocía. Con el paso de mucho tiempo, el aire empezó a endurecerse. El suelo ya no estaba cubierto de hierba, sino que era blanco, liso y quemaba sus pies. Moverse era difícil, le dolía todo el cuerpo y sus llamas eran cada vez más débiles. Todo estaba helado.

Pero el espíritu no emitió queja alguna y siguió adelante, decidido a caminar hasta que su cuerpo no respondiera. Mientras sufría en silencio, escuchó voces. Al acercarse, vio a varias personas sentadas alrededor de unas maderas. Todos estaban temblando y sus respiraciones se convertían en nubes delante de ellos. El espíritu supuso que morirían pronto y los compadeció, pero siguió su camino.

—Creo que estoy muriendo... siento calor... —dijo uno, cuando el alma de fuego pasó a su lado.

—No, yo también lo siento.

—¡Miren! El fuego ya prendió.

Todas las personas respiraban aliviadas. Recién entonces el espíritu entendió que podía ayudarlas.

Se acercó y se sentó junto a ellas. Empezaron a hablar de lo bien que se sentían. A cada momento recuperaban fuerzas pero, a medida que ellos mejoraban, él se debilitaba cada vez más y moría lentamente.

Entre los hombres empezó a surgir la esperanza. De alguna manera, esto alivió el peso que cargaba el viejo espíritu. Les

estaba salvando la vida y eso hacía que, por primera vez, empezara a perdonarse su pecado.

Las personas empezaron a tomar sus cosas. El cerro los ojos, sintiéndose al fin en paz consigo mismo. Ellos apagaron el pequeño fuego que habían logrado encender y, unos minutos después, el espíritu murio.

Madre

Ella era consciente de que tenía un cuerpo extraño, diferente a cualquiera que haya visto. No sabía qué especie era, ni de dónde había venido, ni que hacía en ese mundo. No tenía intereses particulares, ni especial atención por nada, ni gustos concretos, ni nada que le causara atracción o desagrado. Lo único que caracterizaba su existencia era su deseo de ser madre.

No era más que una simple aspiración, pero la sentía con demasiada fuerza. Incluso, tal vez, podría decirse que la única convicción que tenía era ese, que ese era su motivo para estar viva, su único objetivo, su propósito en el mundo. Era lo único que buscaba, lo que la motivaba a mantener los ojos abiertos cada día.

Pero era algo muy difícil porque jamás había encontrado un ser como ella. Ni siquiera sabía si tenía un sistema capaz de procrear. Y sin embargo, sabía que podría hacerlo algún día. Era una certeza sin fundamento. No tenía pruebas de ello, ni una razón objetiva para creerlo posible pero lo sabía.

Un oscuro día de octubre, se encontraba caminando sin un rumbo concreto, como siempre hacía. Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta que estaba en un pueblo y ya era de noche.

Le pareció que el silencio y la ausencia de personas hacían el ambiente algo tétrico, pero eso no la incomodaba. Estaba acostumbrada a la soledad. Por algún motivo, casi nunca se cruzaba con seres humanos.

Recorriendo, llegó a una plaza. Era un lugar muy lindo, bastante agradable para los niños. Se quedó allí, imaginando como sería volver a ese lugar con su hijo en un futuro cercano. Le gustaba fantasear, a veces, pero lo evitaba porque no le gustaba sentirse ansiosa.

Algo llamó su atención cerca del banco de madera. Se acercó, extrañada como pocas veces. Era algo pequeño que apenas se notaba al estar escondido entre el pasto alto.

Lo levantó con sus dedos largos y lo examinó con la luz que le propiciaba la luna. Era un bebé con la ropa sucia, la piel dura y unos ojos celestes que no parpadeaban. Su corazón latió con demasiada fuerza al entenderlo y sintió la sangre llegar a todos los extremos de su cuerpo. Abrazó a su nuevo hijo con todo su cariño, llenándose de amor por él y comprometiéndose a no abandonarlo jamás. Se sentó allí, cerró los ojos y se olvidó de retirarse del pueblo.

La madre sintió que algo estaba intentando arrebatarle a su hijo y reaccionó de inmediato, pateando con mucha fuerza para empujar a lo que sea que los amenazara. Una niña humana cayó de espaldas y la miró con los ojos llorosos.

—El bebé es mío... —pronunciaba la chica, conteniendo el llanto en la voz.

La madre se apartó rápidamente y, luego de contemplar la escena un momento, corrió para alejarse de allí. A pesar de tener piernas largas, su cuerpo no estaba hecho para ese tipo de cosas y le costaba alcanzar velocidad. En cambio, la niña era sorprendentemente rápida para su tamaño. Sentía que cientos de ojos la miraban. Nunca antes se había dejado ver así. Esto de conseguir

un hijo había sido una conmoción, pero ya no volvería a pasar. Había encontrado su propósito y no cometería más errores.

Se internó en el bosque, protegiendo a su hijo con sus largos y delgados pares de brazos. Pero sus piernas, ineptas para aquello, no aguantaron mucho más. Se dejó caer y se escondió tanto como pudo entre los árboles. Desgraciadamente, su esfuerzo no fue suficiente. La chica la encontró fácilmente y se acercó a reclamar al bebé que no le pertenecía.

—Por favor... es mío...

Ella se acercó más. La madre empezó a sentir miedo. No podía dejar que nada le pasara a su hijo. Retrocedió hasta que no tuvo espacio para retroceder más, y usó sus afilados dedos para matar a la niña.

Su cadáver cayó al piso y brotó mucha sangre. Seguramente, esa no era una imagen que un niño deba ver, así que le tapó los ojos a su bebé y se alejó de allí. Estaba muy cansada y cuando se sintió más segura, paró un momento.

Esto no fue buena idea porque enseguida empezó a escuchar voces. ¿Los humanos habrían seguido a la niña? ¿Por qué? ¿Por qué tanto esfuerzo por arrebatarse al hijo que había esperado toda su vida?

Siguió alejándose pero no podía hacerlo sin llamar la atención. Era muy alta, con extremidades muy largas y dejaba un rastro de sangre a su paso. Además, no podía moverse silenciosamente.

—¡Ahí está, síganlo!

—Por los dioses, es un monstruo.

—Esa es la cosa que la mató.

Los gritos se escuchaban muy cercanos ya, y al girar la cabeza la Madre los vio, corriendo hacia ella. No tenía mucho más que hacer, no podía huir ni evadirlos. Paró, abrazando al bebé en su pecho, protegiéndolo con todo su cuerpo y cerró los ojos esperando el final.

Los hombres llegaron y empezaron a atacarla con toda clase de cosas. La cortaron, la perforaron, la golpearon, la quemaron, la destruyeron lenta e incansablemente. Ella sufría pero aguantó el dolor porque no quería que su hijo la escuche gritar y se asuste. Solo lloró en silencio, no por ella sino porque el niño crecería huérfano, no podría verlo crecer y, en el momento en que ella muriera, quedaría expuesto a la crueldad de los hombres. Así pasó un largo rato hasta que finalmente dejó de sentir.

Entonces, los humanos apartaron su cuerpo sin vida, preguntándose qué clase de monstruo era aquel y le sacaron al bebé de plástico que mantenía entre sus brazos. Era el juguete que los padres de Elise le habían regalado para su séptimo cumpleaños, hacía solo unas semanas. Todos miraron hacia abajo y guardaron un momento de silencio, preguntándose cómo le explicarían a sus padres que su hija estaba muerta.

Muñeco

Sí, sé que ustedes también lo piensan. El muñeco es horrible. Eso es lo que pasa por tu cabeza cuando lo ves, ¿verdad? Estás por decir lo mismo que dicen todos: «Annie, ¿por qué tienes un muñeco tan feo?».

Vamos, es solo un pequeño muñeco. Ya sé que lo llevo conmigo a todos lados pero, por favor, dejen de decirme que estoy obsesionada con él. No dejan de criticarlo cuando en realidad no lo conocen. Eso hacen las personas, juzgar sin conocer. Pero ya que estas aquí, criticándolo, al menos ten la decencia de dejar que te cuente su historia, para que entiendas lo hermoso que es en realidad.

Hace muchos años, cuando era una niña, una de esas niñas idiotas que recibían las burlas de todos... sí, todos, no exagero, era así de idiota. En esos tiempos iba a la única escuela que teníamos cerca de casa. Un pequeño infierno para mí. Si quieren saber por qué se burlaban... bueno, las personas necesitan alguien de quien burlarse. La igualdad no es buena para la gente con poca autoestima o, más bien, no es suficiente. No me quejo, sé que alguien como yo es necesario para ellos, fui el escalón al que subían para no caer en la auto infravaloración pero bueno,

qué importa... el caso es que en esos días me gustaba saltarme clases atrás de un pino que había en el patio. Los maestros eran muy poco atentos y no solían notarlos.

En ese escondite tan familiar es donde hablaba con una voz en mi cabeza. ¡No me digan loca! Cómo si ustedes supieran lo que es estar totalmente sola y ser denigrada por todos los que conoces. ¿Realmente es mi culpa? En esas circunstancias, ¿te atreves a decirle loca a una niña golpeada por la vida por intentar tener un compañero?

—¿Huyendo otra vez?

Eso era lo primero que solía decirme. Yo me alegraba de oír su voz, ya que era el único lugar donde podía escucharla. Era el único que me hablaba sin malas intenciones.

—Hola, Voz. No huyo, me escondo.

—Evades. No hay diferencia.

Sentí ganas de llorar, tenía lágrimas en los ojos.

—¡No llores! —dijo la voz—. Yo estoy en tu tristeza y si lloras saldré por tus ojos.

—¿Y me quedaré sola?

—Ya estás sola, pero no tendrás mi compañía.

Desde entonces no volví a llorar hasta un tiempo después. Tal vez esa fue una mentira que me dijo la voz, porque sabía que no me gusta que los demás me vean llorar. Si es así, funcionó. Le conté lo que había hecho ese día. Como me levanté, me vestí, desayuné mi té de todas las mañanas y vine al colegio.

—Annie, déjame decirte algo. Algún día ya no podrás venir y no podrás hablar más conmigo.

—¡No! Necesito que me hables, Voz. ¿No hay otra forma?

—La hay. ¿Puedes conseguir hilo? Debes traerlo para mañana. Harás un muñeco.

Ya no pude hablar con él porque empezó el recreo y, entre tantos gritos y barullo, ya no podía escucharlo. Así que ese día

estuve ansiosa. Cuando llegué a mi casa, aproveché el rato en que mis padres no estuvieron y mi hermano estuvo distraído, y conseguí hilo. Lo metí en la mochila y me encerré en mi cuarto hasta que fui a dormir. Al siguiente día, me quedé afuera en la hora de historia y esperé en el pino hasta escuchar a la voz.

—Hola, Annie.

—Hola, Voz.

—¿Trajiste lo que te dije?

—Claro —tenía el hilo en mi bolsillo.

—Ahora haz un muñeco.

—¿Cómo...?

—No importa cómo. Usa las hojas de pino. Es algo muy personal, así que no sigas instrucciones.

Así que junté muchas acículas caídas, teniendo cuidado cuando tuve que salir de atrás del árbol ya que sabía que podían verme. Una vez que tuve suficientes para trabajar cómoda, solo las junté, las até y enredé, de tantas maneras como pude imaginar, uniéndolas con el hilo. Estaba feliz, por primera vez emprendía un proyecto por mí misma... bueno, por idea de la voz pero aún así lo sentía algo muy personal. En el fondo, sabía que la voz era yo misma. Así que fui feliz mientras lo hice y cuando al fin obtuve el resultado, inevitablemente sonreía al verlo.

Finalmente, obtuve la figura con las mejores proporciones humanas que pude conseguir con mi escasa habilidad. Usé una rama como centro, la envolví en una capa de acículas que se engrosaban donde habría brazos, pareciendo más muñones que extremidades. La cabeza fue un problema. Después de pensar, decidí hacer lo mismo que con los brazos, engrosarlo mucho más, con lo que solo conseguí algo demasiado largo y delgado, pero decidí que sería un sombrero, así que no se veía mal para mí.

—Listo, Voz, ¿qué hago ahora?

—Hazme entrar en el muñeco.

No entendí al principio, pero me acordé por qué no debía llorar y supe qué hacer. Lloré con toda la pasión que pude ponerle a la tristeza y dejé caer las lágrimas sobre el muñeco. Me sorprendí de cuánto tiempo pude pasar llorando. Y eso no fue bueno. Sonó la campana, los chicos salieron y me vieron llorar. Dejé al muñeco en la base del tronco y me paré para llamar su atención con sus burlas, para evitar que lo vean a él. Es la primera vez que me veían llorar así y me llamaron de todo lo que se les ocurrió. Lo aguanté, no me importaba, solo quería que no vieran al muñeco y me dejen en paz. No lo hicieron...

—¿Qué es eso —dijo uno de los chicos mientras se acercaba a él. Me puse en medio para protegerlo pero él intentó empujarme. Tres de ellos se acercaron... me pusieron en una situación extrema. Tenía que defenderlo o habría perdido a mi único compañero para siempre.

Al primero lo golpeé en la cara con tanta fuerza como pude. No era mucha... pero aún así pude lastimarlo. Le sangró la nariz. Los otros dos me golpearon, intenté defenderme y, al ver que no podía, me tiré al piso protegiendo al muñeco con el cuerpo, y a mi cabeza con los brazos. Podían golpearme pero yo no me rompería, el muñeco sí.

Toda esa situación tuvo buenos resultados. Al vernos lastimados, los maestros tomaron ciertas medidas. Mis compañeros dejaron de molestarme tanto. Tiempo después, incluso, hice amigos. Mis padres hablaron conmigo sobre el tema. Todo mejoró para mí... pero eso no es lo que importa, ¿verdad? Yo solo estoy contando la historia del muñeco.

Corrí a mi casa abrazándolo... claro, no sabía que todo mejoraría luego. Lloraba, no por los golpes ni por la pelea. Lloraba porque podía hacerlo, y aunque en ese momento no lo sabía, ahora me doy cuenta de cuántas ganas acumuladas tenía de llorar.

Me encerré en mi cuarto. Vi cómo mi pequeño muñeco estaba algo demacrado y lo llamé.

—Muñeco... ¿estás ahí?

—Aquí estoy.

Reí como una idiota al escucharlo, estaba muy feliz. Pasaron las semanas y cuando todo mejoró, el muñeco me dijo:

—Ya no me necesitas pero cuando lo hagas, estaré para ti.

Desde entonces hablo con él cada vez que tengo un problema. Sé que solo es una voz en mi cabeza, pero es el único que me acompañó en los peores momentos de mi vida... así que no te atrevas a volver a decir que es horrible.

La generación que superó a Dios

En un principio, Dios creó a los hombres. Algunos dicen que los creó por aburrimiento. Otros, que quería saber qué pasaría si muchos seres como él se encontraban, por lo que guió la evolución haciendo que se llenen de todo tipo de sentimientos propios de lo divino. También hay quienes dicen que el Creador solo quería demostrar su poder, haciendo a seres hechos a su imagen y semejanza. Había muchas opiniones distintas sobre esto, porque son incontables las voces que conforman a Dios. Cada una con su propio criterio, pero todas coexistiendo en una convivencia perfecta y omnipotente. Todas estuvieron de acuerdo al permitir la existencia de la humanidad.

Dios se aseguró de que fueran débiles. Hizo de ellos pequeños dioses llenos de limitaciones y dejó que del instinto de supervivencia animal naciera en cada uno de ellos el egoísmo, para que jamás alcanzaran una unidad. Una vez hecho esto, los dejó a su suerte.

Los observó desde todas las perspectivas posibles. Desde las bondadosas voces en lo alto del cielo, hasta las más crueles y perversas voces que habitaban los infiernos. Todas las partes de Dios se concentraron en contemplar cómo los hombres lenta-

mente ascendían por sobre el resto de las especies. Muchas rieron al ver como asesinaban al planeta, muchas se enojaron y muchas solo se molestaron por la destrucción de lo que ellas mismas habían creado.

Ninguna de ellas (salvo tal vez las más ingenuas) se sorprendieron cuando empezaron los conflictos entre la propia especie. Dios vio como empezaron las guerras y las matanzas. Estaba claro que, cuando ya no pudieran expandirse, empezarían a competir entre ellos ya que, por naturaleza, eran ambiciosos. Así el mundo se dividió en Estados. Cada uno con sus ideas, buscando superar a los demás.

Pero el Creador sí se llevó una sorpresa al ver lo fácil que le fue a unos pocos controlar a muchos. Dinero, éxito, fama... las masas eran tan controlables para los humanos más poderosos, como ellos lo eran para Él. Rio cuando descubrió que uno de los más importantes métodos de control fue él mismo. Los hombres crearon la religión y así pudieron controlar, torturar y matar a una inmensa cantidad de gente en su nombre. La Santa Iglesia se convirtió en una de las instituciones más poderosas del mundo. Fue gracioso ver como habían adivinado su existencia y la habían usado para su propio beneficio.

Hubo innumerables luchas, revoluciones de los más débiles para conseguir sus derechos a la fuerza. ¿Qué más podía esperarse? Los hombres eran sus hijos, eran pequeños dioses y un dios no se deja oprimir.

Pero luego la humanidad creció aun más. Apareció la tecnología, los medios de comunicación y Dios se decepcionó aún más, ya que cada vez las masas se volvían más idiotas, más fáciles de controlar. Decidió que ya no eran dignos de ser sus hijos, pero esto no hizo que observar su desarrollo deje de resultarle sumamente interesante.

Aparecieron corporaciones tan poderosas que los Estados tuvieron que unirse para enfrentarlas. Formaron bloques cada vez más grandes, bajo el control de las potencias, mientras el mundo lentamente se achicaba. La comunicaci3n ya no requería movimiento y era inmediata a lo largo de todo el mundo. Las diferencias se fueron reduciendo cada vez más. Lentamente, se empez3 a aceptar la diferencia de razas, la igualdad de géneros. Cada vez eran más las personas que tenían oportunidades. En otras partes del mundo, ignoradas por muchos, las cosas tardaron más en mejorar. El control masivo, la discriminaci3n y los genocidios perduraron mucho más tiempo, pero no para siempre. Para este punto, Dios empez3 a preocuparse.

El poder de las corporaciones crecía, los Estados seguían uniéndose y así se fortalecía el dominio de las potencias. Pero en el medio de eso, en contra de las expectativas de los más poderosos, la gente cambi3. Empezaron a tomar conciencia. Cada vez result3 más difícil controlarlos y la situaci3n de las masas mejoraba cada año, y este proceso solo dur3 unas pocas generaciones. Esto llev3 a un hecho que Dios jams había previsto. Finalmente, el mundo humano estaba unido.

A medida que pasaba el tiempo, ellos se fortalecían. Aprendieron a cuidar el planeta y a desarrollarse hasta ejercer toda su capacidad. Para la desesperaci3n de Dios, los hombres se hicieron capaces de superar los límites que él les había impuesto. Así los pequeños dioses comenzaron a ser capaces de crecer, y dejaron de ser tan pequeños. Día a día se hacían más poderosos, desarrollando todo el potencial que ni Dios imaginaba que tenían. Las diferencias entre ellos desaparecieron por completo. Las nacionalidades, las razas, los géneros e incluso las diferencias físicas, dejaron de significar nada para ellos. Se hicieron libres, alcanzaron un poder que a lo largo de toda la historia nunca habían

creído posible. Y el todo se hizo mayor que la suma de las partes. Así fue como conocieron a Dios.

Todos los hombres del mundo, formando una unidad, percibieron la existencia de las voces y se dieron cuenta que habían conocido a su Creador. Él sintió como si lo miraran a los ojos y sintió miedo al encontrarse, por primera vez, con alguien que pudiera verlo a su misma altura. La humanidad comprendió entonces que eran superiores y, con su nueva omnipotencia, lo obligaron a retroceder. Ambos entendieron que gracias a todos los problemas que habían superado como especie, aquella generación finalmente había superado a Dios.

Suicidio

No me gusta pensar que estoy obsesionado pero no puedo negarlo. Desde la primera vez que vi ese hermoso reloj antiguo, me di cuenta cuánto me fascinan. Tal vez si conozcan el motivo por el que empecé a coleccionarlos, puedan entenderme un poco mejor.

Me llamo Gabriel y estoy solo. Quiero que entiendan la magnitud con la que me refiero a mi soledad. Nunca tuve una buena relación con mi familia, así que no me importó mucho que mi mamá se vaya a vivir a México y que mi papá se vaya a España. Después de todo, aún tenía a mi hermano menor. Siempre quise mucho a Marcos. Cuando todas mis relaciones fueron un asco, mis romances fracasaron rotundamente y todos mis amigos se alejaron de mí ante el primer pretexto que encontraron, él era el único que se preocupaba por mí.

Tuve una depresión terrible cuando murió, así que tal vez no esté exagerando si digo que el reloj me salvó. Mientras caminaba ahogado en mis penas, de casualidad me fijé en ese negocio de antigüedades. En la vidriera había un reloj hermoso que marcaba la hora en números romanos, con símbolos tallados en sus agujas. Ni siquiera pensé en lo estúpido que fue gastar tanto en

él, lo compré sin pensarlo. Cuando llegué a casa, lo colgué frente a la mesa para poder mirarlo durante la cena.

Después de eso, empecé a comprar muchos más. De a poco, trabajaba y ahorrraba para llenar mis paredes de relojes de todos los tipos y formas que conseguía. Empecé a usar cuatro relojes de muñeca. En mi brazo izquierdo, uno tenía la hora de México y el otro la hora de España. En mi brazo derecho, uno tenía la hora de Argentina, mi país, y el otro estaba parado a las 6:00 AM, la hora en la que murió Marcos.

Desde entonces, cada lunes despierto un poco más temprano de lo normal para asegurarme que todos los relojes estén a la hora. No quería permitir que se aparten ni un minuto de la hora exacta del país que representaban. Si era necesario, también los limpiaba. Y si alguno dejaba de funcionar lo arreglaba yo mismo. Los relojes eran míos, nadie se ocuparía de ellos por mí.

Así me acostumbré a vivir con mis relojes. Cada noche me concentraba en escuchar el tic tac que emitían, y así podía dormir tranquilo. Gracias a ellos olvidé mi vida. Mi soledad, dolor, mis miedos, todo quedó tapado por el tic tac de los relojes y llegue a tener una vida ideal, amando mi rutina sin tener que pensar.

Pero el universo no quiere que lo bueno dure para siempre, y no se resignó a dejar en paz mis desgracias. Perdí el trabajo. La empresa pasó por un mal momento y tuvieron que reducir al personal. Claro, nadie se fijó en el tiempo que había pasado en ella, ni en mi desempeño laboral. Como siempre, nadie se fijó en mí.

Esto es un problema enorme cuando no tienes a nadie. No tenía familia ni amigos que puedan ayudarme e, inevitablemente, el dinero comenzó a agotarse. Busqué cualquier trabajo, no me importaba lo bueno o malo que fuera, estaba desesperado y cada rechazo aumentaba la desesperación.

No me dejaron opción. Tuve que empezar a vender los relojes. Desprenderme de cada uno de ellos era como perder un pequeño

pedazo de mí. Cada pérdida dolía, pero aún tenía esperanza. Conseguiría un trabajo y conseguiría más relojes, por mucho que me cueste.

Pero la situación no pudo ser así. Finalmente, vendí mi reloj favorito, el primero que había comprado, el que me había enseñado a amar a esas hermosas máquinas. Esa noche, durante la cena, no tuve nada que mirar y, al ir a dormir, no escuche el tic tac de ningún reloj.

Me quedé solo con mis pensamientos, sin nada que me salve de ellos. Me recordaron mi vida, lo solo que siempre estuve. Recordé todo mi pasado, cómo cada persona que me había importado me había abandonado, pisoteando mis sentimientos. Lloré al acordarme de la muerte de Marcos.

Pensé en el futuro. ¿Cómo voy a soportar una vida como esta? Totalmente solo, sin un alma con quien compartirla. Sin nada que me distraiga, que me salve de mis pensamientos.

Hoy desperté a las 5:00 AM. Preparé todo para que el momento sea perfecto. Solo conservo el reloj de muñeca con mi hora. Quiero que al caer se pare inmediatamente, así que lo abrí para que el mecanismo se golpeará directamente.

Quiero que se detenga para siempre a las 6:00 AM, siento que así, de alguna manera, estaré acompañando a mi hermano.

5:58: Ya casi es la hora y estoy esperando en el borde de la terraza. Me estoy muriendo de los nervios, siento mi corazón latir con demasiada fuerza, y me tiembla terriblemente el pulso.

5:59: Es momento. Veo pasar la aguja de los segundos. Cada uno de ellos me retumba en la cabeza. Por algún motivo, el sonido se escucha fuertísimo. Cuando faltan diez segundos, cierro los ojos y doy el paso hacia adelante.

El vértigo es terrible pero me siento en paz. Durante los últimos diez segundos de mi vida, me pregunto si lograré mi objetivo. Realmente espero caer en el instante justo y que el reloj se pare a las 6:00 AM.

Hilda

Era la única de su especie pero nunca se había sentido sola. No recordaba su infancia, tal vez nunca había tenido una pero, cada vez que los llamaba, sus amigos jugaban con ella. Vivía dentro de un árbol y quería mucho a todos los animales, ya que siempre estaban dispuestos a ofrecerle su compañía. Podría decirse que era feliz. Tenía una pequeña vida ideal en el bosque. De día jugando con los pájaros, sus mejores amigos. De noche, descansando en el tronco.

Había algo que le resultaba extraño y es que los animales más parecidos a ella, los humanos, la ignoraban. De hecho, sospechaba que no podían verla. Había hecho todo por llamar la atención de esos seres a los que se parecía tanto, pero ellos ni siquiera la miraban. Un par de veces probó de robarles cosas, abrir sus mochilas, cambiar de lugar sus pertenencias... pero en todos los casos solo salían corriendo, gritando cosas sobre fantasmas. Descubrió que, si lo hacía muy seguido, los humanos no pasaban más por allí por varias décadas.

Se sentía muy intrigada por el tema, pero no había nada que pudiera hacer. Una noche, un grupo de niños humanos acampó allí. Ella no quiso espantarlos así que solo se dedicó a

observarlos. Cuando encendieron una fogata, se sentó junto a ellos para disfrutar del calor del señor fuego, y se dispuso a escuchar sus historias.

—¿Sabían que en este bosque, hace mucho tiempo, murió una chica? —decía un niño—. Se llamaba Hilda. Caminaba por este lugar con sus amigos cuando decidieron jugar a las escondidas. A ella le tocó esconderse y cuando corrió a buscar donde hacerlo, tropezó con algo y tuvo la mala suerte de golpearse la cabeza con una roca. Desde entonces, su espíritu está en el bosque buscando a alguien con quien jugar.

Ella se sintió muy ofendida. No era tan ingenua como para no darse cuenta que esa historia era sobre ella. Solo quería hacerse amiga de los humanos y ellos, solo por no poder verla, la acusaban de ser una niña muerta. Si eso creían, ese sería el juego que jugaría con ellos. Jugaría a ser Hilda.

Apagó la fogata, tiró todos los objetos que tenía cerca hacia arriba, tiró de sus ropas. Los gritos la aturdieron y, por primera vez (que ella recuerde), sintió ira. Se levantó un viento muy fuerte a su alrededor y los niños salieron corriendo en todas direcciones. Se fue al árbol y pasó el resto de la noche triste y sola.

Al día siguiente se sintió mal por haber arruinado el campamento de los niños y, cuando salió, encontró una muñeca. La recordaba y recordaba a la niña a la que le pertenecía. Decidió buscarla para devolverle su juguete a modo de disculpa. Su nombre era Elizabeth.

Así, la supuesta fantasma siguió las huellas de la niña (tenía buena memoria, y recordaba en qué dirección había ido). Se sorprendió al darse cuenta que nunca había dejado esa parte del bosque. Salir no era agradable, el bosque se sentía extraño y desconocido. Se sintió vulnerable a cualquier peligro. No sabía si los seres de allí eran amigables, pero debía devolverle su muñeca a Elizabeth. Llegó al final del bosque. Mas allá solo había

carreteras y, más lejos, edificios. Las construcciones humanas no son agradables para los seres del bosque, así que decidió dejar al muñeco allí. Si la niña realmente lo quería, volvería por él.

Lo dejó en el suelo y con una rama escribió en la tierra: «Lizy, aquí está tu muñeca. Perdón por lo de ayer. Hilda».

Había dudado de poner ese nombre, pero era el único con el que la reconocerían. Volvió corriendo a su árbol, asustada de la parte desconocida del bosque. Cuando llegó, se dio cuenta de que esa fue la primera interacción verdadera con los humanos. Se puso a reír. Después de todo, había sido un juego y se había divertido mucho. A los humanos no les gustaba pero, ¿qué importa? No podría esperar nada bueno de ellos. Era interesante escuchar las historias estúpidas que inventaban sobre ella. Tal vez dentro de un tiempo escucharía a unos niños contar la historia de la muñeca de Elizabeth. Se sorprendió ella misma deseando volver a ver humanos, deseando escuchar sus gritos y ver sus hermosos gestos de horror. Sería divertido ser un fantasma.

Tal vez, Hilda no era un nombre tan malo.

La forma de la muerte

Había sido el lobo más fuerte de la manada en sus mejores tiempos. Desde que era una simple cría había logrado dominar a los de su camada, y cuando crecieron consiguió su puesto usando sus dientes contra cualquiera que se le oponga. Amaba su poder. Nadie se atrevía a enfrentarlo, le temían y él siempre había aprovechado eso para apropiarse de todo.

Sabía que los demás le guardaban rencor. Lo miraban con odio cuando podían y hablaban de él a sus espaldas. Se mantenían tan apartados como podían. Pero jamás le discutían, todo se hacía tal como el gran lobo quería.

Por supuesto, todo acto tiene sus consecuencias. Cuando su cuerpo empezó a perder vitalidad y su fuerza empezó a decaer, perdió todo el respeto. Nadie le temía ya. Y cuando quiso imponer su autoridad, todos le mostraron los dientes y lo obligaron a irse. Veía en ellos la misma actitud que siempre había tenido él: si se negaba, lo despedazarían.

Así que, sin más opción, el viejo lobo emprendió su propio camino por la nieve. No importaba demasiado. Era el más fuerte de su manada y no tendría problemas para arreglárselas solo. Sin embargo, no tardó en darse cuenta que no era así.

Los lobos cazan en manada y por su cuenta apenas podía conseguir algún bocado de vez en cuando. A su envejecimiento se le sumó el hambre y se sentía más débil cada día.

Encontró un pequeño río de casualidad y se acostó allí a descansar. Se estaba quedando sin voluntad de seguir adelante, y estaba considerando quedarse allí a esperar la muerte, pero entonces algo llamó su atención.

Al principio fue solo una sensación, algo similar a la calidez. Luego escuchó algo. Era diferente a cualquier cosa que había escuchado, un sonido tan armónico con el ambiente que era difícil de distinguir, pero era muy curioso.

Se paró con mucho esfuerzo y, arrastrando sus cansadas patas, intentó seguirlo. Lentamente empezó a oírlo con más fuerza y, cuanto mejor lo entendía, más quería acercarse. Es que le daba tanta paz...

Todo el mundo a su alrededor empezó a perder tonalidad. Cuanto más cerca estaba, más gris se veía todo. Pero en un rincón del bosque aún había color. Se dio cuenta de que ya casi no sentía frío. Todo era muy agradable y entonces lo vio.

Era el pájaro más hermoso que había visto en su vida. Lo miraba desde la base del árbol. El lobo podría haber saltado sobre él en ese instante. Podría haber saciado su hambre y conseguido otra posibilidad de vivir. Pero no quiso hacerlo. Pasó toda su vida arrebatándoles a los demás lo que no le correspondía y, por una vez, haría lo contrario. Le entregaría su vida al ave

Era más pequeña que él pero tan majestuosa que el gran lobo no se atrevía a mirarla a los ojos. Ni siquiera se sentía digno de estar cerca suyo, pero lo deseaba con todo su corazón. Tímidamente, dio un par de pasos hacia adelante y supo que tenía permiso para seguir. Así que caminó hasta el árbol y se recostó allí.

Entonces, el pájaro empezó a cantar. Sintió su conciencia en una paz absoluta y deseó que el canto no cese nunca. Cerró los ojos. Sintió una somnolencia como si se quedase dormido, pero era consciente de lo que pasaba. La muerte había llegado por él en forma de pájaro. Le estaba dando una última oportunidad de ser solidario y él la había aprovechado. A cambio, le estaba dando la muerte más hermosa que el lobo jamás había imaginado.

Monstruo

Era un monstruo atroz, cruel, temido por cada ser conocedor de su existencia. En el pasado, hacía demasiado tiempo ya, muchas personas muy valientes o muy estúpidas se habían atrevido a enfrentarlo y, una tras otra, cayeron de las maneras más sangrientas posibles.

Así todos aprendieron a respetar su espacio, a mantenerse tan alejados como fuera posible, y el monstruo disfrutó del miedo que infligía. Podía mirar su reflejo en el agua y sentirse orgulloso de su monstruosidad. ¿A qué otra cosa podría aspirar un ser tan aberrante como él?

Un día subió a una colina muy alta y descubrió que desde allí podía ver todo un pueblo. Decidió quedarse ahí a pasar la tarde riéndose de las personas. Sin embargo, ocurrió algo que no estaba previsto por él.

En un rincón del pueblo, había un campo de flores. Cada una de ellas era hermosa. Estaban perfectamente ordenadas y mostraban una variedad de colores y formas que él nunca había visto. Descubrió que los aldeanos las cuidaban mucho. Siempre había gente merodeando por ahí, cuidándolas, regándolas, incluso los niños se paraban a acariciarlas y hablar con ellas.

Entonces fue la primera vez que el monstruo sintió algo diferente. Primero, fue la extrañeza. La gente estaba cuidando las flores. Sentían cariño por ellas, compasión, ternura, tal vez, amor. ¿Por qué todos se comportan así con unas simples flores? ¿Es por su belleza? ¿O es porque parecían ser tan delicadas que podrían quebrarse con el más mínimo soplo de viento?

Luego, fue la curiosidad. ¿Qué sentirían las flores? ¿Cómo podrían convivir con ellas mismas, si no eran feroces y temidas? ¿Tal vez su orgullo estaba en ser hermosas? ¿O tal vez, el cariño de la gente las hacía felices? Entonces, el monstruo quiso sentirlo, quería entenderlo por su propia experiencia. Así es como por primera vez deseó ser amado.

Entonces decidió acercarse. Tal vez fuera cosa de las personas y no de las flores, el hecho de que todos sean más cariñosos. Se acercó, mostrando su horrible sonrisa y, apenas fue avistado, cada persona comenzó a tirarle piedras y a gritarle cosas espantosas. El monstruo se sintió rechazado y avergonzado, y quiso matar, desmembrar y tal vez despellejar a cada persona del pueblo, pero recordó su objetivo y se contuvo. Retrocedió y volvió a la colina para pensar un plan mejor.

Pensó que tal vez buscando las cosas que despertaban más cariño en las personas, podría tener mejores ideas. Así que buscó y encontró una madre peinando a su hija. Cuando terminó, todos la miraron y sonrieron. Y si la vista del monstruo no fallaba por la distancia, le decían que estaba hermosa. Así que se miró en el reflejo del lago y ató el largo pelo de todo su cuerpo en varias colitas. Se acercó de vuelta al pueblo y, esta vez, no solo lo atacaron y lo insultaron, sino que se rieron de él. Volvió llorando. Esa fue la primera vez que sintió vergüenza.

Subió a la colina por tercera vez y encontró lo que creyó que definitivamente haría que las personas sintieran cariño por él. Vio a un niño recostado contra un árbol. Tenía las dos piernas

tan pequeñas que no podría caminar nunca. Cada persona que pasaba lo miraba, se compadecía y le dejaba una moneda tras dedicarle unas pocas palabras de ánimo. El monstruo se entusiasmó tanto que bajó de la colina de un salto. Esta vez corrió hacia el centro del pueblo sin parar y, apenas estuvo ahí, estiró sus dos piernas y se golpeó las rodillas con tanta fuerza que se torcieron en un ángulo antinatural, tras todo el pelo y la piel, el hueso quedó a la vista de todos.

El monstruo cayó al piso llorando de dolor, pero feliz, seguro de haber logrado su objetivo. Su decepción fue enorme cuando la gente no solo lo atacó, lo insultó y se rió de él, sino que fueron tan crueles que golpearon sin piedad sus piernas heridas.

Huyó de allí arrastrándose con los brazos, avergonzado, herido, cargando el mayor fracaso de su vida y decidido a tomar venganza. Acabaría con el pueblo que lo humilló de la peor manera posible. Recién entonces, el monstruo entendió que él estaba destinado desde su nacimiento. Así que debía seguir siendo lo que había sido hasta ahora, y no volver a perder el tiempo con fantasías. Jamás sería amado, ni nadie tendría ningún sentimiento por él, porque una flor es una flor y un monstruo es solo eso: un monstruo.

Máquinas perfectas

Las máquinas fingen la perfección, pero mienten. Se bien que no son perfectas. Un estereotipo de cuerpo humano sin expresiones, mecánico, que de por sí nace sabiéndolo todo, con una destreza impecable, sin defectos... jamás eso podría ser llamado perfección.

Por eso, me harté de escuchar lo perfectos que son los humanos artificiales. ¿Es que aquellas personas que los admiran no conocen la perfección que tiene la vida misma? Algo que no siente ni se equivoca, que no sufre por sus errores y por su mala suerte, que nunca aprendió lo que es llevar adelante las dificultades... le falta algo esencial. No existe perfección en ellos.

Así que acá estoy, en la vidriera, observando un majestuoso hombre robótico. Alrededor, las pantallas lo muestran realizar tareas e interactuar en sociedad. Suspiro al recordar lo lindo que parecía todo al principio. Un invento que por sí solo convertiría al país en la capital mundial de la tecnología y ayudaría a las personas en su vida cotidiana. Pasaron años de su lanzamiento, el precio se hizo cada vez más accesible. No había hogar respetable en el que faltara un humano artificial. Así fue como nos hicimos dependientes.

¿Cómo llegamos a esto? ¿Por qué miro alrededor y solo veo gente sin expresión, gente vacía que camina solo a cumplir sus objetivos diarios? No, no me refiero a los robots.

Hace años que no veo una sonrisa, una lágrima, una expresión de susto o de alegría. Me pregunto cómo es que la gente empezó a imitarlos, a perder sus emociones, a buscar esa perfección. He visto a una madre gritándole a su hijo que su robot lo hace mejor. ¿Qué les espera a los niños?

Sigo el camino hacia mi casa, entre la multitud de rostros muertos. Atravieso la plaza como todos los días y termino las cuadras restantes para llegar a mi pequeña propiedad. Al entrar, me recibe Oddie, mi perro labrador. Mueve la cola, corre, salta de alegría... es una bola de emociones, las únicas emociones que puedo ver aparte de las mías. Oddie, mi único amigo, el único que alivia mi soledad en esta sociedad mecánica, al único a quien puedo dirigir mi amor. Así que como siempre, inicio mi rutina poslaboral. Me sacó la corbata, la camisa, busco ropa cómoda e informal y sacó a pasear a mi perro.

Damos una agradable vuelta a la plaza. A mitad del camino la tarde se nubla y parece que va a llover. Me apuro en volver y, al hacerlo, me distraigo un momento. Oddie tira y la correa queda frente a un desconocido. El hombre, disgustado, hace un gesto de molestia al esquivarnos.

Me quedo perplejo, mirando al hombre alejarse. Creo que Oddie presiente que lloverá y esta apurado porque empieza a tirar de la correa más de lo normal. Así que dejo mi asombro y emprendo el regreso.

Esa fue la primera vez. Pasó como una semana antes de ver algo así de nuevo, y fue aún más impresionante. Esa vez, durante el paseo habitual de Oddie, una mujer sonrió al ver al labrador. Detuve mi marcha al llegar a su lado, preguntándome si alucinaba, pero no. La mujer frenó, acarició a Oddie un mo-

mento y siguió su camino. Eso fue lo más conmovedor que vi en años. Al igual que con el señor al que le vi un gesto de molestia, me quedé mirando cómo se alejaba. Hay algo raro en cómo se mueve... me recuerda mucho a ese hombre.

Volvía del trabajo. Tan formal como siempre, camisa, corbata, pantalones de vestir y un oscuro maletín en la mano. Hace calor, así que desabrocho el primer botón de mi camisa. Suelo hacerlo al salir. Si lo hago en la oficina, mi jefe, con una voz perfecta, sin rastro de enojo, ofensa, ni siquiera una mera molestia, me dice que me lo abroche porque es inapropiado para la formalidad de la empresa. De vez en cuando lo hago, con la esperanza de que se enoje al tener que repetirme lo mismo, pero lo mejor que conseguí fue una amenaza de sanción sin rastro de rencor en sus gestos o su voz. Así que ahora que estoy afuera, me desabrocho el primer botón.

Mientras paso por la plaza como cada día, encuentro un pequeño tesoro... Ya van varias veces que veo gestos. Esas expresiones en la cara, modificaciones de lo mismo que veo cada día, eran terriblemente valiosas de por sí. Me habían sorprendido y dado esperanza. Me habían sacado de la monotonía de cada día.

Pero esto fue verdaderamente increíble, un regalo para mi vista... un niño jugaba con una pelota. Me acerco a él, sin creer el milagro que tenía en frente. Él me mira y noto un rastro de sonrisa, mientras su expresión cambia a sorpresa. Su ropa es tan perfecta como la de cualquier niño, pero solo con mostrar una emoción se destaca tanto del resto...

—Señor, tiene la camisa desabotonada —señala a mi cuello con uno de sus delgados dedos, como si no entendiera.

—Hacía mucho calor, así que decidí desabrocharlo.

—¿Eh? Nadie hace eso.

—No todos tienen que ser iguales —si tan sólo alguien más compartiera esa idea—. ¿Te gusta la pelota?

—¡Es divertida!

Dios, su expresión inocente e infantil me recuerda más a los niños de las historias y las películas que a los niños de la realidad... claro, a la realidad anterior a las máquinas humanas. Ahora no hay mas diferencia entre niño y adulto que su estatura y su ocupación.

—¿Puedo jugar contigo? —pregunto.

Él me mira aún con más sorpresa.

—¡Sí! Nadie más quiere jugar.

Me pongo en frente suyo y empezamos a pasarnos la pelota con los pies. Soy bastante torpe porque desde niño que no puedo jugar al futbol, pero me siento en el cielo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto mientras jugamos.

—A52 Tim.

—¿Qué? —de repente, toda la alegría desaparece, me lleno de una desilusión terrible—. ¿Eres... un robot?

¿Todas esas emociones eran parte de una inteligencia programada? ¿Eran falsas?

—¡Sí! —responde con una gran sonrisa, como si se divirtiera.

—¿Y estas feliz...?

—¡Muy feliz! Es la primera vez que encuentro otro robot como yo. Por favor, sé mi amigo.

Recuerdo al hombre molesto y a la mujer sonriendo... su manera de caminar, tan perfecta y sincronizada, tan igual...

—Yo no soy un robot, Tim...

—Claro que sí. Somos los robots hechos para recuperar a la humanidad... ¿perdiste tu memoria?

—¿De qué hablas?

—Mmm... será una memoria con recuerdos humanos...

—¿No puede ser que simplemente sea un humano con sentimientos?

—No, no, reconozco tu comportamiento. Aunque pudieron construir un modelo libre, que pueda ser programado por la misma inteligencia artificial a lo largo de su vida, sigue ciertos patrones. Además, vivo con una familia humana y no eres como ellos.

No me sorprende. La revelación no se siente mal. La esperanza vuelve de alguna extraña manera...

—Somos una versión capaz de experimentar sentimientos humanos. Solo los más primitivos y podemos desarrollarnos a nosotros mismos, variar de acuerdo al entorno en el que funcionamos. El objetivo es transmitirles esas emociones a los humanos.

Me quedo callado, demasiado sorprendido para responder.

—¿Te sientes mal? —sigue el sujeto A52 Tim—. ¡No estés triste! Los humanos perdieron las emociones. No eres un ser falso. Somos la nueva humanidad que traerá de vuelta a la vieja humanidad. Solo nosotros y los pocos humanos que no están convertidos en robots.

—Tim...

—¿Sí?

—Vamos a la plaza. Llevaré a mi perro. Juguemos tan ruidosamente como podamos. Vamos a armar una escena que irradie felicidad a las personas.

Su aprobación se ve en algo tan simple y primitivo, algo que en otros tiempos fue un lenguaje común de toda la humanidad, una sonrisa.

Espíritu de los deseos

Había una vez un espíritu que se dedicaba a conceder deseos a cualquier afortunado que lo viera. Vivía en un lugar inhóspito, por donde muy rara vez pasaba una persona. Los humanos sabían de su existencia, pero casi nunca lograban encontrarlo, ya que el ente era muy bueno escondiéndose y mimetizándose con el ambiente. Solo las personas más dedicadas y atentas lograban verlo y, una vez que lo distinguían, en seguida eran capaces de reconocerlo. Entonces, el fantasma, complacido con la habilidad de su captor, le concedía con mucho gusto un deseo, ya que admiraba a las personas perseverantes.

Así había pasado mucho tiempo y, aunque la mayoría creía que era solo una leyenda, aún había unos pocos que se tomaban el tiempo y el esfuerzo de ir por él. Todo iba bien hasta que los humanos decidieron levantar una ciudad allí. Pensaron que el mito del espíritu que concede deseos serviría como atracción. Llevaron un montón de máquinas ruidosas y terriblemente molestas, y el lugar se llenó de personas por las que el espíritu no tenía ninguna intención de dejarse ver. Obreros que creían que su existencia no era más que un mito, por lo que el ente no quería concederles deseos.

Pero las cosas fueron empeorando. A medida que el lugar se iba urbanizando, se llenaba cada vez más de gente y el espíritu cada vez tenía menos espacios donde pudiera esconderse y sentirse cómodo. Tuvo muchos descuidos y fue avistado por muchas personas. Se vio obligada a concederles deseos a todas ellas aunque no quisiera hacerlo.

Cuando se fue corriendo el rumor de que su presencia allí era real, montones de personas comenzaron a buscarlo y la entidad se vio sobrecargada de deseos. Mientras intentaba escapar era visto por cada vez más humanos que lo sofocaban con intenciones personales, en su gran mayoría egoístas. Ya no había lugar donde esconderse. Al fin, a pesar del apego que sentía por ese lugar, no lo soportó más.

Se fue tan lejos como pudo, al único lugar que estaba a salvo de los humanos: las estrellas. Desde entonces solo vuela entre ellas, tan rápido que muy pocas personas logran verlo. Así, como siempre fue su intención, solo le concedía deseos a unos pocos, a las personas suficientemente dedicadas y atentas para ver una estrella fugaz.

Corazón de madera

Red es un muñeco, un pequeño maniquí de madera. Cada una de sus articulaciones se mueve como lo harían las de una persona. Los niños se fascinaban doblándolo, poniéndolo en diferentes posiciones. Ellos eran los que le habían puesto casi todos sus nombres. Él los recordaba a todos, había sido Tim, Tito, Max... pero su nombre original, el que le había puesto su creador, era su favorito: Red.

Le gustaba mucho jugar con los niños que entraban al negocio. Se divertía mucho con su creatividad, y se reía de las figuras tan creativas que hacían con él. Era un muñeco feliz, pero se cansó.

Llegó un momento que se aburría de todos sus juegos. Ya no se sorprendía ni se entusiasmaba con sus nombres nuevos. La alegría que sentía con cada nuevo niño que entraba, se reemplazó por vacío. Ya no podía sentir nada. Había empezado a crecer.

Así empezó a nacer en él un deseo diferente. Quería moverse solo. Lo deseaba con mucha fuerza en su corazón de madera. Se llenó de tristeza y de envidia hacia los niños. Le pesaba la injusticia de que ellos, desde su nacimiento, eran capaces de moverse por su cuenta mientras él jamás podría. Eso lo hacía sentir que era el ser más desdichado del mundo.

Un día entró a la tienda una pareja de aspecto algo extraño. Los dos usaban ropa colorida y peinados raros. Contemplaron todo el lugar con mucha fascinación, hasta llegar a Red.

—Esto es lo que necesitamos —dijo ella.

El creador del muñeco se acercó, y habló con su antigua y sabia voz.

—Ese es Red. Lo hice hace un año. Les encanta a los niños.

—Somos artistas —dijo él— necesitamos un muñeco así.

El viejo sacó a Red de su estante y este sintió miedo. ¿Qué sería de él? ¿Lo sacarían de la tienda? No quería irse, no sabía nada de la vida afuera, no quería dejar a su creador... ¿Nunca más lo vería trabajar? ¿No volvería a sentir esa voz amable? Y los niños... ¿No volvería a jugar con ellos? Sintió una angustia insostenible. Ni siquiera podía expresar lo que sentía, un muñeco no puede llorar.

Fue empaquetado mientras veía la sonrisa de sus nuevos propietarios, y escuchaba por última vez la gentil voz del padre que amaba.

—Disfruten su compra y cuiden a Red. Los niños lo extrañarán.

El muñeco pasó todo el viaje lamentándose, pero nació en él una chispa de entusiasmo. Tenía curiosidad por cómo sería su nuevo hogar, su nueva vida. Tal vez, con suerte, sería mejor...

Llegaron y Red vio la casa. No estaba mal pero tampoco destacaba. Compartía su nuevo estante con un muñeco de perro. Fue un poco incómodo, al principio, compartir el espacio pero cuando se acostumbró, no se sintió tan solo. Frente a él había una ventana con una hermosa vista al parque.

Al día siguiente fue usado por primera vez. La artista lo puso frente a una hoja, lo acomodó en una posición muy natural y se puso a dibujar.

Hizo a un chico en la misma posición que él, lleno de detalles. Luego lo volvió a acomodar y se ayudó de su nueva pose para dibujar una chica. Al final, llenó la hoja de colores. Le dio vida.

El dibujo era tan hermoso que si Red hubiera podido moverse, no lo hubiera hecho.

Más tarde fue usado por el hombre. Era un pintor y, ayudándose del muñeco, hizo un cuadro de un hombre bajo el agua, que a Red le pareció increíble.

Cada día los ayudaba a hacer nuevos dibujos. Cada escena encantaba al muñeco. Se perdía en cada cuadro y disfrutaba tanto de su nuevo trabajo, que su deseo de moverse perdió importancia. Se sentía útil.

Así su existencia cobró sentido. Aprendió a amar a los artistas, a disfrutar de la vista de la ventana y a disfrutar de la compañía. Mientras su habitación se llenaba de dibujos y pinturas, su corazón de madera encontraba la felicidad.

Disfrutar, renunciar o sufrir

Era un hombre con una vida perfecta. Tenía trabajo, una esposa y dos hijos en una linda casa. Pero no era feliz. Así que un día decidió hablar con Dios.

Se vistió apropiadamente para su encuentro con el Señor y subió al monte más alto para estar más cerca del cielo. Tuvo que esperar, pero no quiso sentarse para no ensuciar su elegante pantalón. Al fin, apareció con una túnica y una barba blancas que ilustraban su sabiduría. El hombre le planteó su situación.

—¿De qué te quejas? Tu vida es perfecta. ¿Qué crees que te falta para ser feliz?

Él no supo responder.

—Si no sabes responder, lo que necesitas es cambiar la actitud. Si no eres feliz con todo lo que tienes, no lo serás con todo lo que te falta. En realidad, tienes todo pero no lo sabes. Tendrás que aprender a disfrutar del momento, de las pequeñas cosas y a no convertir las dificultades en problemas. Así llegarás a la felicidad.

—Pero, ¿cómo puedo hacer eso? Ya no le encuentro placer a nada. Mi vida está vacía.

—Si no eres capaz de darte cuenta de algo tan simple, no puedo ayudarte.

Con esas palabras, Dios se retiró.

Decepcionado, el hombre decidió hablar con el Diablo. Vestido muy elegante, caminó hasta una zona de la ciudad que solía estar vacía. El Diablo no se hizo esperar. De hecho, él lo estaba esperando. El hombre le planteó su problema y le contó su encuentro con Dios.

—Él no entiende de estas cosas, está muy ocupado con otros problemas, pero yo sí. Tienes que renunciar.

—¿Renunciar a qué?

—A todo. Tu vida no va a cambiar si no tienes el valor de dejarlo todo. Odiás tu trabajo, no amas a tu esposa. Déjalos y vete lejos.

—No puedo. Mi familia me necesita, y no conseguiré un trabajo mejor...

—Y ahí está el motivo por el que las personas son infelices. Se quejan de la basura que comen pero, cuando los dices que coman de otro plato, se encadenan solos a su mesa. Si eres así de débil, no puedo ayudarte.

Y así, el Diablo lo dejó solo.

El hombre volvió a su casa, se lavó las manos, cenó con su familia y se fue a dormir, asegurándose que el despertador suene a las 7:00 AM. Esa noche, al igual que todas las noches, lamentó su desgracia. Dios y el Diablo lo escucharon y se rieron de él. Tenía una vida perfecta que no sabía disfrutar. Tenía la oportunidad de cambiarla pero no se atrevía a hacerlo. Y aún así, era tan ingenuo que ni se daba cuenta de que él era el único culpable de su infelicidad. Seguiría esperando un cambio mágico, que no llegaría nunca.

El poder infinito

Solo una persona con poder infinito puede viajar a otras dimensiones. Eso es lo que me dijeron mis padres todos los días y todas las noches desde que yo dije que ese era mi deseo. No hay motivo para dudarlos porque ellos no me mentirían.

Desde entonces pienso cómo debería ser una persona que tenga poder infinito. Debería ser musculoso para soportarlo. Debería ser tan inteligente, invencible... Eso es todo lo que se me puede ocurrir. Aún falta algo, pero no sé qué es. He visto en la televisión a las personas que intentan hacer viajes interdimensionales. Grupos enormes de científicos con guardapolvos escribiendo, discutiendo e inventando aparatos. Pero es inútil, no lo conseguirían porque ninguna de esas personas tiene poder infinito.

Una vez se me ocurrió preguntarle a mis padres.

—¿Cómo puede una persona tener poder infinito?

Ellos se rieron, ¿por qué se reían? ¿Acaso era algo que ya sabían todos?

—Nadie puede tenerlo. Solo una persona con ese poder podría responderte esa pregunta pero como no existe, no puedes saberlo.

¡Así que eso era! Ya lo entiendo, ¿cómo no me había dado cuenta antes?

—¡Gracias! —les dije.

Lejos de desanimarme, esa respuesta me dio una idea. Corrí a mi habitación mientras ellos me miraban desconcertados. Tomé un anotador y un lápiz gastado. Cerré los ojos y lo imaginé por minutos, con todo el detalle posible. Luego abrí los ojos y ahí estaba.

—Tu nombre es Ranmaru y tienes poder infinito.

Él comenzó a reírse. Me desconcertó un poco pero esperé su respuesta.

—Si tengo poder infinito, ¿por qué debería usar el nombre que me das? Bueno, supongo que todavía eres muy joven para entenderlo, así que si te gusta puedes decirme así.

Anoté: «Nadie puede controlarlo ni elegir por él».

—Entonces, ¿cómo es tu nombre?

—No existe.

—Entonces, ¿si yo quiero tener poder infinito no puedo tener nombre?

Ranmaru rió de nuevo.

—¿Por eso estás hablando conmigo? ¿Quieres tener poder infinito? Ni lo intentes. Deja de hablar conmigo y olvídate del tema.

«Antisocial».

—Explícamelo.

—El poder infinito es todo el poder que existe, solo el todo puede tenerlo. Ustedes son parte del todo, es imposible que lo tengan.

Aquello me golpeó directamente en el corazón. Así que era eso, ahora lo entiendo. Es imposible. Todos esos científicos no lograrían nada, ¿yo tampoco podría?

—Entonces... ¿Nadie puede viajar a otras dimensiones?

Nuevamente, empezó a reír. Se reía de mí, me debía considerar un estúpido.

—¡DEJA DE REÍRTE!

—¿Para eso quieres tenerlo? El poder infinito puede hacer cualquier cosa, porque es todo. Igual que yo, porque yo no soy nada. Los viajes interdimensionales no tienen nada que ver con eso.

Entonces... ¿Eso era una mentira de mis padres para hacerme creer que yo no puedo viajar? ¿Yo lo creí todo el tiempo?

—¿Yo puedo viajar aunque no tenga poder infinito?

—Cualquiera puede —respondió—. Los humanos inventan máquinas capaces de cualquier cosa. Solamente tienes que esperar a que construyan una. Pero no te subas a las primeras, esas todavía tienen fallos y la gente que se suba probablemente muera... Pero, déjame preguntarte algo, ¿para qué quieres viajar a otra dimensión?

No esperaba esa pregunta. No la imaginaba. Solo quede mirándolo, sin palabras. Él rio de nuevo y dijo:

—Claro. No debería haberte preguntado eso. Después de todo, los motivos de los deseos más profundos son un misterio, al igual que ese poder infinito.

La sociedad de los conejos

Había una vez una madriguera en la que vivían diez conejos adultos y varias crías. Su hogar estaba debajo de un gran árbol, con quien los conejos estaban muy agradecidos ya que los protegía de los depredadores y otros peligros de la Tierra. Amaban a la naturaleza porque les daba comida, paisajes hermosos y todo lo que necesitaban para llevar una buena vida. Entre ellos, había una feliz familia, los padres disfrutaban de sus trabajos de todos los días y mantenían a su pequeño y alegre hijo.

El grupo entero era realmente feliz. Funcionaban a la perfección, sin grandes problemas ni quejas. El pequeño veía un futuro brillante. Quería ser un conejo trabajador como sus padres y tener crías saludables algún día.

No era solo a ellos a quienes admiraba. Había muchos adultos que trabajaban para mantener a la madriguera. El grupo en el que estaba su madre salía todos los días a buscar alimento, exponiéndose a muchos peligros. El de su padre, excavaba para hacer de su hogar un lugar más amplio y confortable. También estaba la niñera, quien jugaba con ellos, los cuidaba y les enseñaba. La señora Bigotes, una anciana a quien ya reclamaba la Tierra, pero que era muy sabia y siempre estaba dispuesta a

aconsejar o a contar historias. Y por supuesto, el Gran Conejo. El líder, quien mantenía organizada a la gran familia conejo. Gracias a todos ellos, la vida diaria del niño era un pequeño paraíso cotidiano.

Un día, al atardecer, cuando ya todos habían terminado sus trabajos, se acercó al gran árbol un grupo de personas. Usaban unas máquinas muy ruidosas que los conejos nunca habían visto, y con ellas cortaban grandes ramas. Toda la familia tuvo mucho miedo y nadie, ni siquiera el Gran Conejo, se atrevió a salir de la madriguera.

Solo después de un día entero de aquel estruendo, cuando todos tenían ya mucha hambre, los recolectores de alimento se animaron a salir y la colonia retomó sus actividades. El niño se pasó el día muy preocupado por ellos. Mientras tanto, mamá conejo se horrorizaba al ver el terrible cambio en el ambiente. En lugar de árboles, solo había tocones. La mayoría de los animales se habían ido y ya no escuchaban el agradable canto de los pájaros. Volvieron con menos alimento del que normalmente traían.

Desde ese día todo cambió. El Gran Conejo, enloquecido por el miedo, obligaba a todos a trabajar jornadas extenuantes. Los adultos se pasaban el día cavando y recolectando. El jefe consideró que el trabajo de la niñera conejo era innecesario, así que la hizo unirse a los excavadores y, desde entonces, nadie la volvió a ver sonreír. Incluso la señora Bigotes fue obligada a trabajar, forzando sus quebradizos huesos más allá de su capacidad. Los niños, con su temprana edad, cavaron sus primeros huecos. De alguna manera, se las arreglaron para seguir divirtiéndose y mantenían la alegría a su alrededor, pero cada vez que el jefe los veía, los obligaba a trabajar en silencio y ninguno de los pequeños conejos se atrevían a enfrentarlo.

Aún así, la colonia se mantenía funcionando. Sabían que las cosas volverían a la normalidad y la esperanza los mantenía

con vida. Esa misma esperanza incluso se mantuvo la segunda vez que vinieron los humanos. Después de eso, los recolectores empezaron a encontrar cadáveres de todo tipo de animales, despellejados, y esas visiones —junto con un espantoso terror por los humanos— hicieron que comenzaran a perder la cordura.

Al cabo de pocos días pasó lo peor: el árbol comenzó a morir. Recién entonces, los conejos perdieron la esperanza. Su hogar, su gran padre, su protección. Todo estaba muriendo y ellos lo sentían.

La situación estaba destruyendo sus almas. Los mataba, haciéndoles olvidar lo que es la esperanza, enseñándoles a odiar la vida y dejar de valorar lo que amaban. Una situación en la que, simplemente, los sentimientos no valen la pena.

Una noche los excavadores, sin motivo aparente, trabajaron hasta que salió el Sol. Al despertar, la colonia se encontró con unos túneles larguísimos que iban hacia ninguna parte. El pequeño conejo escuchó a su padre hablando solo, diciendo cosas sobre zanahorias podridas.

Esa misma tarde, los recolectores frenaron su marcha cuando se encontraron con un pequeño ciervo sin vida. Aún les quedaba un rastro de razón, pero eran consientes de que era solo una pequeña llama que se extinguiría dentro de poco. Le dieron sus buenos deseos a su alma y, entonces, uno de los conejos de ojos celestes tuvo una idea.

En un intento por aportarle materia orgánica a su hogar, los recolectores, tras la larga jornada de trabajo, en lugar de volver con comida cargaban cadáveres. El exterior de la madriguera se llenó de cuerpos de aves y roedores, mientras todos sufrían de hambre y el jefe gritaba como desquiciado. Pero lo que le rompió el corazón al pequeño conejo fue ver los ojos de su madre. Se habían vuelto tan vacíos, tan fríos... igual los de todos los recolectores. Lentamente, toda la madriguera estaba perdiendo la

vida. Su esencia estaba desapareciendo, ya no existía la alegría y la vida era totalmente mecánica. Ni siquiera los niños jugaban y el pequeño conejo era el único que mantenía la tristeza.

Llegó a convencerse de que no había peor tortura que aquella vida vacía, sin sentimientos, sin expresiones. Solo trabajo y una insoportable soledad. Nada que valga la pena.

Nadie sabe cómo logró subir al árbol. Se quedó todo el día en una gruesa rama, una de las pocas que quedaban, haciéndole compañía al árbol que amaba en sus últimos momentos, agradeciéndole por la vida tan hermosa que les había dado, hasta el trágico día en que toda la familia conejo descendió a una locura vacía.

Vieron juntos el atardecer. El paisaje muerto brillaba con el señor Sol, y aún con todo el desastre dejado por los humanos, seguía siendo hermoso. Se preguntó si algún día recuperaría la majestuosidad que tenía antes de que todo comience.

Cuando el Sol ya se ponía tras la colina, los recolectores se acercaron, arrastrando una pequeña miseria. Los demás, que antes salían a darles la bienvenida, solo salieron a revisar que traían con ellos. Entonces, alguien reparó en el pequeño conejo, subido al gran árbol, preparado con la soga en su cuello.

Todos se sentaron a mirarlo, sin expresión en sus rostros. Papá y mamá conejo estaban delante de todos. El niño sonrió al ver a sus padres juntos una vez más y se dejó caer. La soga lo mató lentamente. Antes de asfixiarse por completo, abrió los ojos con la esperanza de ver alguna expresión. Lágrimas, preocupación, una cara triste... pero lo único que vio fueron los ojos de sus padres, tan vacíos como siempre.

Si alguno de los miembros de la colonia no estuviera totalmente dominado por la locura, hubiera comprendido que acababan de perder al único miembro del grupo que aún estaba cuerdo.

Así, la gran familia contempló el suicidio del conejo. Y nadie hizo nada para evitarlo. Mientras tanto, tras la colina, no muy lejos de allí, un árbol crecía sano y fuerte, a la espera de algún animal que busque hacer de él su hogar. Esperando, tal vez, que los conejos se atrevan a salir de su madriguera.

Justicia

Es difícil entender la relación que tienen la Vida y la Muerte. Es difícil porque es mucho más profunda e íntima que las relaciones que son capaces de tener los seres vivos.

Ambas sienten que son parte de la otra, se necesitan. ¿Qué sería de la Vida sin la Muerte? ¿Cómo existiría la Muerte si no fuera por la Vida? ¿Qué sentido tendría su existencia si no existiera la otra? Es un sentimiento mucho más trascendente que el amor.

Pero a la vez, son opuestas. No pueden tocarse, son incapaces de interactuar directamente y ellas entienden eso. Lo aceptan, están resignadas a esa verdad y no les causa dolor. Así es su realidad.

Cada día, la Muerte observaba en secreto a las creaciones de la Vida. Amaba la energía que desprendían, la fuerza que tenían, la voluntad de sobrevivir un día más, su vitalidad. Las admiraba y las deseaba. Pero era imposible para ella estar en aquel mundo, ya que sus naturalezas eran totalmente heterogéneas.

Sin embargo, la Vida sabía de su anhelo por experimentarla así que comenzó a mandarle a sus seres. Por supuesto, en el camino perdían su cuerpo físico y el don que ella les había

otorgado pero en el medio, cuando cruzaban el Limbo, aún poseían un resquicio de vida, un mínimo rastro de lo que había sido. Entonces, la Muerte iba por ellos y saboreaba esa pequeñísima porción de vitalidad. Lo disfrutaba tanto que la Vida para complacerla debía mandarle muchísimas ofrendas y solo le ponía una condición a cambio: Debía deleitarse con todas porque cada una de ellas era única y muy valiosa.

Por supuesto, la Muerte aceptaba con mucho gusto esta condición, pero el desastre empezó un día en el que se descuidó.

Un anciano transitaba por el pasaje hacia la inmortalidad, disfrutando del extraño paisaje. No entendía por qué todas las personas a su alrededor sentían miedo o nervios. Estaban en un lugar muy interesante, con una belleza muy particular y no apreciarlo le parecía un desperdicio. Pero, por muy raro que le pareciera, era el único que se estaba dedicando a contemplar el lugar.

Cuando estaba por llegar su turno de ser devorado, vio el espacio que había detrás de la Muerte y le pareció aún más curioso que el que tenía alrededor, así que decidió ausentarse un momento antes de entregar su vida.

Ese día, tras su horario habitual de consumo, la Parca quiso volver a su rutina, pero sintió una ira terrible que no venía de ella. Enseguida, entendió que había roto la condición. Pero, ¿cuándo? ¿En qué momento una vida se le había escapado de las manos? La situación era muy grave y tenía que encargarse en ese mismo momento.

La Vida, muy lejos de allí, se enteró que su compañera no aprovechó uno de sus regalos, y aquello hizo que se enfurezca terriblemente. Decidió que, si no arreglaba la situación, jamás le enviaría más regalos. La Tierra comenzó a sentirlo. No tardó en sobrepoblarse de vida y ni sus recursos ni su energía eran suficientes para mantenerlos a todos.

Mientras tanto, el viejo disfrutaba de una caminata demasiado pacífica. Los espíritus no se comunican con sonido, por lo que el silencio era total. Aquello le resultaba un poco inquietante, pero lo consideraba parte del encanto del lugar. Tras mucho rato de andar, empezó a escuchar un sonido de golpes retumbando a lo lejos. Se acercó a su paso lento, sin motivo para apurarse, y de a poco distinguió la silueta de un hombre golpeando un metal ardiente con su martillo. Siguió avanzando hasta estar al lado del herrero.

Estaba en condiciones terribles. Su cara estaba tan escuálida y estaba tan delgado que no entendía como tenía fuerza para seguir sosteniendo el martillo. Sus manos sangraban y parte de su ropa ya estaba deshecha.

El viejito, curioso y algo apenado por el hombre, decidió hablarle.

—Buenas noches, señor. ¿Está muy ocupado como para que compartir un momento conmigo?

El herrero se sobresaltó y el martillo cayó de su mano. Se agachó con los ojos muy abiertos del miedo, intentando volver a agarrarlo. Pero su mano no tenía la fuerza necesaria.

—¿Quién... qué hace usted aquí? —preguntó, tartamudeando.

—Solo vine a dar un paseo.

—Pero... estás vivo... no deberías estar aquí... nadie debería acercarse a mí.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que trabajar con tanta soledad y en tan mal estado?

—Esa es mi condena —respondió el herrero, mientras al fin lograba levantar el martillo—, debo trabajar por diez años.

—¿Diez años?! ¡Qué cosa tan mala habrás hecho para semejante castigo! —el viejo hombre estaba indignado ante lo que veía.

—Nacer.

—¿Qué quieres decir?

—Nací pobre y tuve que hacer cosas terribles para sobrevivir. Si hubiera nacido en una familia de clase alta, no hubiera tenido la necesidad de cometer delitos. La vida es injusta, ¿crees que la muerte no lo es?

Eso hizo reflexionar al anciano y se sintió mal por el pobre hombre. Él había tenido una buena vida. A pesar de tener momentos difíciles, los había superado trabajando duro junto a su familia. Claro que siempre había sabido que existía la injusticia, pero verla de frente de esa manera se sentía mucho peor que solo saberlo.

—La situación en la que naces no solo te condiciona en la vida, también lo hace en la muerte... da igual. Deberías irte. No me traerás nada bueno si te ven conmigo.

—Entiendo. Te deseo que tu condena se haga leve.

El anciano se retiró con una leve inclinación, sin poder hacer más que dejarle sus buenas intenciones.

Mientras tanto, en el mundo de la vida, la Tierra sufría. Tenía tanto peso encima que apenas toleraba estar despierta, pero la Vida estaba demasiado enfurecida como para pensar razonablemente y darse cuenta. La Muerte estaba desesperada, pero el rastro que dejaba un ser vivo era inconfundible. Le resultó muy fácil seguir el rastro del viejo hombre.

El anciano vio una gran sombra acercarse y, a medida que estaba más próxima a él, sintió su imponente y majestuosidad. Se sintió como un pequeño ser insignificante al tener a la Muerte sobre él, y supo que había llegado su hora.

Creyó que iba a estar furiosa de que él se haya atrevido a entrar a sus dominios sin dejar su cuerpo, pero le habló con tranquilidad.

—¿Estás listo?

El viejo asintió

—¿Qué te pareció mi mundo, mortal?

Él pensó un momento su respuesta.

—Lo único que he llegado a conocer fue la condena de un pobre hombre. Está siendo obligado a trabajar por diez años, cuando todo lo que hizo fue por la necesidad de sobrevivir. No merece el castigo que le fue asignado.

La Muerte se rio de sus palabras.

—¿Quién te crees para juzgar? Cuando absorbo la vida de las personas, me entero de todo sobre ellas. Es cierto que la naturaleza de la vida es injusta. El cuerpo con el que nazcas y el entorno en el que lo hagas puede hacer que pases la peor o la mejor de las estancias en el mundo de los vivos, y nadie puede elegir. La vida es puro azar. Pero ella y yo somos existencias opuestas. Tengo en cuenta todo eso al momento de dar una sentencia. Conozco la suerte que cada persona tuvo, se sus buenas y malas obras. Y a partir de mi conocimiento, decido cual será el castigo que todos tendrán que pasar para acceder al mundo de los muertos en paz. Y el criterio que uso para decidirlo es el mismo para todos. Soy el único ser de la existencia que representa la verdadera justicia.

—Todas las personas hacen cosas malas. Entonces, ¿todos pasan por un castigo?

—Así es. Nadie es totalmente inocente.

El anciano reflexionó sobre la respuesta de la Muerte y, al entenderlo, se alegró de saber que la justicia existe. Porque, ¿qué es la justicia sino darle a cada uno lo que merece?

—¿Estás listo? —la Muerte repitió la pregunta.

—Estoy listo, señora Muerte. Le agradezco por la conversación.

Se inclinó para despedirse, igual que lo hizo con el herrero y cerró los ojos, preparándose para que la vida fuera absorbida y abandonara su cuerpo. Sonrió, probablemente tenía largos

años de trabajo por delante, así que lo mejor era comenzarlos de una vez. Después de todo, cuando antes se empieza, antes se termina. Luego de eso, al fin podría descansar.